

EL PAPA FRANCISCO Y LA CULTURA DEL ENCUENTRO. UNA APORTACIÓN PARA EL DIÁLOGO Y LA PAZ ENTRE LAS RELIGIONES

JAVIER DE LA TORRE DÍAZ¹

RESUMEN: Este artículo brevemente describe la historia de apertura del cristianismo a las otras religiones, su valoración del diálogo y la colaboración con los otros creyentes en el siglo XX para comprender mejor el concepto de cultura del encuentro de Jorge Bergolio como obispo de Buenos Aires y posteriormente como Papa en sus encuentros ecuménicos e interreligiosos. Dicha categoría supone una profundización en los modelos de diálogo interreligioso para lograr un mundo en paz.

PALABRAS CLAVE: cultura del encuentro; ecumenismo; diálogo interreligioso; paz; papa Francisco.

Pope Francis and the Culture of Encounter. A Contribution to Dialogue and Peace between Religions

ABSTRACT: This article briefly describes the history of Christianity's openness to other religions and its appreciation of dialogue and collaboration with other believers in the 20th century in order to understand better Jorge Bergolio's concept of culture of encounter, developed firstly as bishop of Buenos Aires and later as Pope in his ecumenical and interreligious meetings. This category supposes a deepening in the models of interreligious dialogue aimed at achieving world peace.

KEY WORDS: culture of encounter; peace; ecumenism; interreligious dialogue; Pope Francis.

¿No existe hoy un conflicto de religiones? ¿No están las religiones fomentando una nueva diferenciación cultural y social, levantando nuevas fronteras, alimentando odios pasados? ¿No son las religiones un elemento de identidad vinculado a lo particular, a la tradición, a las costumbres que impide la construcción de cualquier «casa común»? ¿No son las religiones con su reivindicación exclusivista de verdad una fuente de conflicto en las actuales sociedades multiculturales?

¹ Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: jtorre@comillas.edu.

No es así con claridad en la mayoría de las ocasiones. Nuestro limitado objetivo en estas páginas es mostrar, desde la tradición cristiana, los elementos de apertura, diálogo y encuentro del cristianismo con las otras tradiciones religiosas y la aportación del Papa Francisco en promover una cultura del encuentro y una cultura de la paz.

Nuestra exposición defiende cuatro tesis:

1. El cristianismo tiene en su historia recursos internos que posibilitan un reconocimiento y valoración de las otras tradiciones religiosas.
2. El cristianismo posee elementos de apertura que hacen posible un diálogo, encuentro y colaboración real sobre unos valores comunes con las otras tradiciones religiosas.
3. La cultura del encuentro en el obispo y cardenal Jorge Bergoglio es un buen modelo para hoy.
4. La práctica de la cultura del encuentro del papa Francisco está siendo un modelo importante hoy para el encuentro entre religiones.

1. LA VALORACIÓN DE LAS RELIGIONES EN EL CRISTIANISMO. UNA BREVE HISTORIA

En el AT, más allá de los juicios negativos, se afirma la posibilidad de una auténtica experiencia religiosa en algunos paganos y la posibilidad de una religión natural. Israel al descubrir a Dios como creador, reconoce unas alianzas «cósmicas» anteriores a la de Moisés (Adán, Noé) que representan la alianza de Dios con la raza humana y con toda la creación. El AT reconoce que existen santos de las naciones antes de Israel (Abel, Henoc y Noé) y santos de las naciones extranjeras (Job, Lot, la Reina de Saba y Melquisedec). Además, la experiencia de Dios como único Señor de todos los pueblos desarrolló en Israel una visión abierta y universalista del plan divino (reflejada, por ejemplo, en algunos Salmos -33, 119-, en el Cántico del Siervo, en Jeremías y Ezequiel).

Jesús de Nazaret, aunque limitó su actividad a Israel (Mt 15,24), admite una fe salvífica en los paganos (el centurión, la mujer cananea, la mujer samaritana) y les promete una parte en el reino de Dios en la reunión escatológica de las naciones. El juicio de Jesús sobre los gentiles no fue negativo como el de sus contemporáneos. El Nazareno rechaza todo resentimiento y odio ante los romanos y samaritanos. Incluso afirma que los gentiles serán juzgados conforme a la caridad que hayan practicado con el prójimo (Mt 25)

y que incluso en el juicio saldrán mejor librados los habitantes de Nínive que los Israelitas (Mt 12,41s).

La Iglesia apostólica reconoce la necesidad de predicar el evangelio fuera de Israel. Pedro predica a la familia del centurión Cornelio y comprende que «el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles» (Hch 10,45). Pablo, en los Romanos, piensa que los gentiles serán juzgados por sus obras (pues no tienen Ley) y, en Atenas, reconoce en la tradición griega una auténtica búsqueda del Dios desconocido (Hch 17, 22-31) (Dupuis, 2000, pp. 85-87). La carta a los Hebreos atestigua la fe de Abel, de Henoc y de la ramera Rahab (Hb 11,4.5 y 31).

Posteriormente ciertos padres defendieron posiciones abiertas hacia las religiones en la que distinguen varias edades, varias economías como estadios en la manifestación del Logos que actúa desde el principio. S. Justino, con su teología del logos sembrador, mantiene que todas las actuaciones buenas del pasado son cristianas en la medida que los que las realizan han participado del logos. Existe un conocimiento religioso en los gentiles y judíos en los cuales la semilla de la palabra está oculta y oscura mientras en los cristianos es clara y manifiesta (Sullivan, 1999, pp. 23-25; Dupuis, 2000, pp. 94-98). S. Ireneo habla de cuatro alianzas (Adán, Noé, Moisés y Jesús) y piensa que los que proceden justa y piadosamente con los otros y desean ver a Cristo son salvados aunque hayan vivido antes de la venida de Cristo.

Clemente de Alejandría distingue un conocimiento de Dios por razón natural accesible a todos los seres humanos y piensa que los filósofos (griegos, persas) tuvieron una misión divina de guía de la humanidad, de salvación. Orígenes mantiene un logos divino que se va revelando a través del tiempo en una especie de continuidad pues en todas las generaciones ha descendido la sabiduría de Dios a las almas (la historia del adivino de Balaán —Nm 24, 15-17— y los magos de Belén) (Fedou, 2000, pp. 42-43). Con el concepto de semillas de la palabra los Padres combinan el concepto estoico de logos-razón universalmente esparcido por el cosmos y el logos-palabra de Juan que estaba con Dios desde el principio realizando así una aproximación positiva a las religiones.

S. Agustín reconoce la influencia de Cristo antes de la encarnación, la presencia de la religión cristiana y de la Iglesia desde el principio (*Ecclesia ab Abel*) en los que vivieron justa y piadosamente salvándose con distintos ritos y sacramentos.

Hincmar, obispo de Reims, Hincmar, defendió a mediados del s. IX, la universalidad del designio salvífico de Dios en contra del monje Goldescalco que defendía la predestinación de algunos a la condenación eterna.

El Papa Gregorio VII da gracias al rey musulmán Anzir de Mauritania en una carta de 1076 por los prisioneros liberados y afirma que ambos adoran al mismo Dios creador y soberano.

Pedro Abelardo mantiene en su obra *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano* que los tres de manera diversa buscan y reconocen al mismo Dios.

S. Francisco de Asís en su *Regla no bulada* destina un capítulo a la evangelización de los «hermanos musulmanes», a los que aconseja amar mucho y perdonar evitando siempre toda disputa.

Ramón Lull mantiene un ideal de unidad por la paz reflejo de la unidad divina que deja a un lado las diferencias y sólo tiene en cuenta la concordia. En *El libro del gentil y los tres sabios* expresa como son la guerra, el sufrimiento, la mala voluntad y las deshonras infligidas los que impiden a los hombres unirse en una misma fe. De ahí que el deseo de los sabios sea una y común religión de fe reflejó el único Dios creador (Dupuis, 2000, pp. 154-160).

Nicolás de Cusa, en *De pace fidei* (1454) entabla un diálogo con la estructura de un sueño, en la que propone para eliminar los odios mutuos por las diferencias religiosas convocar una conferencia para que algunos expertos encuentren un acuerdo entre las religiones que asegure la paz. Cusa se imagina una única religión con una multiplicidad de ritos (*una religio in rituum varietate*), es decir, una fe verdadera basada en Cristo y al mismo tiempo la posibilidad que los diferentes pueblos conserven sus propias devociones y ceremonias siempre que mantengan la paz (Fedou, 2000, pp. 50-53).

Más tarde con el descubrimiento de América en 1492 ya no se pudo mantener la tesis de la culpabilidad de los paganos porque era evidente que el evangelio no había sido proclamado en todo el orbe. Así la teología empieza a elaborar diferentes formas de concebir una fe implícita en Jesucristo para los que vivieron antes de él o no escucharon su mensaje. Entre estos sustitutos del evangelio podemos enumerar la evangelización después de la muerte (basada en 1Pe 3, 18-20), el limbo (tanto para los que murieron antes como después de Cristo sin conocerle), la fe implícita a través de revelación explícita o inspiración interior (Sto. Tomás), la teoría del bautismo de deseo (catecúmeno que deseando recibir el bautismo muere), la opción fundamental de todo ser humano al alcanzar el uso de razón ante Dios, la teología del acto de morir como «momento de la verdad» y acto de suprema conciencia (Sullivan, 1999, pp. 86-94, 108-115).

La neoescolástica renovó la doctrina de la fe implícita. J. de Lugo en una elaboración doctrinal de gran apertura incluye en esta fe no sólo los que no han oído el evangelio sino los que carecen de fe ortodoxa como los herejes, judíos, musulmanes que podrían no ser culpables y encontrar la salvación a

través de una sincera fe en Dios y una contrición por sus pecados y a los ojos de Dios ser contados entre los cristianos (Dupuis, 2000, pp. 176-8; Sullivan, 1999, pp. 115-121).

Una figura que no debemos olvidar es la de Bartolomé de las Casas (1474-1566) y sus enérgicas protestas contra violencia hecha a los indios en la evangelización basado en su convicción que la fe debe ser una adhesión libre. Su argumento es bien sencillo: el respeto absoluto a las conciencias y la necesidad de una pedagogía en la predicación. Los indígenas tienen derecho (natural) a defender su religión siempre que mediante ella honren al verdadero Dios (Fedou, 2000, pp. 56-58).

Los jesuitas Ricci y Ruggieri al entrar como misioneros en China no dudaron de vestir en un primer momento el traje budista y más tarde el confucionista, asistieron a ceremonias en honor de Confucio y de los antepasados convencidos como estaban que eran meras muestras de reconocimiento o meros ritos civiles. A pesar de la condena papal de los ritos chinos poco más tarde, en 1656, el Papa permitió la asistencia a los cristianos a las ceremonias en honor de Confucio y en 1659 la Congregación para la Propagación de la Fe reconocía que los misioneros no «deben cambiar sus ritos, hábitos y costumbres, a menos que sean evidentemente contrarios a la religión y a la moral» (Fedou, 2000, pp. 58-61).

El Magisterio hizo suyas las posturas de la fe implícita ya en el *Decreto sobre la justificación* del Concilio de Trento (1547) donde admite el bautismo de deseo y la no necesidad que sea un deseo explícito. Las condenas de ciertas proposiciones rigoristas de Bayo (1567), Jansenio (1690) y Quesnel (1713) muestran un Magisterio que huye de proposiciones extremas con respecto a los infieles. No es cierto que todas sus obras sean pecado, que Cristo no muriera por ellos o la ausencia de gracia en los infieles (Sullivan, 1999, pp. 121-123).

Pero no es hasta 1854 en la alocución de Pío IX *Singulari quadam* cuando por primera vez el Magisterio reconoce explícitamente que la invencible ignorancia de los no cristianos puede evitar su condenación. El Papa llega a preguntarse: ¿quién puede ser tan arrogante como para atribuirse la capacidad para trazar los límites de tal ignorancia?

El Santo Oficio en carta al jesuita Leonard Feeny en 1949, que había acusado al obispo de Boston de afirmar que hay salvación fuera de la Iglesia católica, ratificará definitivamente esta postura: no es necesario que haya un deseo explícito de pertenecer a la Iglesia católica, sino que es suficiente una ignorancia invencible (Sullivan, 1999, pp. 125-168; Dupuis, 2000, pp. 178-189).

En los años cincuenta y sesenta del pasado siglo una serie de teólogos defienden la teoría del cumplimiento. Las religiones representan un deseo

innato de unirse a lo divino de diversas formas, pero el cristianismo es la respuesta personal de Dios a esta aspiración humana universal. Las religiones son expresiones variadas de la religión natural, son un escalón, una *preparatio evangelica* (según la expresión de Eusebio de Cesarea) hacia la revelación cristiana. Las religiones son salvación por su alma cristiana, por su preparación para el cristianismo.

En los años anteriores al concilio un grupo de teólogos intentan superar las dicotomías de la teoría del cumplimiento. Pretenden afirmar que los creyentes no son salvados a pesar de su religión sino a través de su religión. Esto se debe a que reconocen una presencia activa de Cristo en las religiones y, por eso, todas las religiones son sobrenaturales puesto que todas están ordenadas a Cristo. Hay salvación sin evangelio, aunque no hay salvación sin Cristo que está presente activamente de forma oculta y desconocida en las religiones.

El Concilio Vaticano II (1962-1965) supone una gran apertura al mundo de las religiones. La Constitución *Lumen gentium* (LG16) hace una valoración positiva de las religiones desde una «gradación de sus méritos» religiosos (judíos, musulmanes, otras religiones y para los demás la voluntad salvífica universal de Dios) y afirma que «los que buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna». La Declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de Iglesia con las religiones no cristianas pretende promover relaciones amistosas entre las religiones basándose en lo que «tienen en común y conduce a la mutua solidaridad» pues todos tenemos el mismo origen (NA1). Su optimismo hacia el mundo le hace pedir a los cristianos no sólo el reconocimiento sino la conservación y promoción de los valores de los otros:

[...] la iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y vivir, los preceptos y doctrinas, que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres (...). Por consiguiente exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de la fe y la vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen (NA2).

El Concilio va más allá del reconocimiento de bienes y prácticas morales en las religiones. También reconoce elementos de verdad y de gracia en las religiones (AG 9) y una presencia del Espíritu en el mundo en los que buscan justicia, solidaridad, paz, armonía desde sus aspiraciones religiosas (GS 32,38,39). El Decreto *Ad gentes* afirma como los esfuerzos de las otras

religiones necesitan ser iluminados y sanados por Dios (AG9) y anima a los cristianos a dialogar con lo valioso de otras culturas y religiones, se sientan miembros del grupo al que pertenecen, de su vida cultural y social y descubran con gozo las semillas de la palabra (AG11).

Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam* (1964) recalca la necesidad de respeto hacia sus valores espirituales y morales y la defensa de unos ideales que pueden ser comunes (libertad religiosa, hermandad humana, buena cultura, beneficencia social y orden civil) pero también tiene la cautela de no admitir que todas poseen el mismo valor o están exentas de errores pues la religión cristiana es la única verdadera.

Juan Pablo II ya en *Redemptor hominis* afirma sin ambigüedades la actuación del Espíritu más allá de la Iglesia (RH 6), el profundo respeto hacia todo lo que ha obrado en el hombre el Espíritu respecto a sus más profundos problemas y la común presencia del Espíritu en nosotros en la oración auténtica. En 1986, tiene lugar el encuentro de muchos líderes religiosos en Asís, donde rezan todos por la paz. En 1990 en *Redemptoris missio* subraya la presencia y acción universales del espíritu en los individuos, la sociedad, la cultura, los pueblos y las religiones y también en los nobles ideales y las iniciativas de bien (RM 28).

Benedicto XVI, en su corto pontificado, realizó una reflexión de fondo y una clarificación doctrinal de las diferencias entre el cristianismo y las otras tradiciones religiosas, entre la inspiración de la Biblia y los demás libros sagrados, entre el camino cristiano y los otros caminos.

Recogiendo sintéticamente las aportaciones de la Escritura, la Tradición y el Magisterio desde el catolicismo con respecto a la valoración de las otras tradiciones religiosas podemos afirmar que en las religiones se reconocen «elementos de verdad y gracia», «gérmenes de verdad», «semillas de la Palabra», «tesoros de sabiduría», «respuestas a los interrogantes más hondos del hombre», «iniciativas de bien», «búsquedas sinceras bajo el influjo de la gracia», «cierta percepción del misterio», «presencia del espíritu», «nobles ideales», «auténticas experiencias religiosas», «alianzas divinas», «búsquedas del Dios desconocido», «semillas del logos», etc.

2. EL DIÁLOGO Y LA COLABORACIÓN ENTRE RELIGIONES

El reconocimiento de cada tradición en las otras religiones de palabras de Dios (Jn 1; Hb 1,1), figuras salvíficas, profetas, caminos salvíficos, alianzas divinas, pueblos de Dios, rostros del misterio y experiencias auténticas

del Espíritu abre inevitablemente al diálogo como enriquecimiento y mutua transformación.

Pablo VI quiso que el diálogo caracterizara su cargo apostólico (ES68). El Papa lo desarrolla en cuatro círculos concéntricos: con el mundo entero, con los miembros de otras religiones, con las otras Iglesias cristianas y al interior de la Iglesia.

Juan Pablo II en *Redemptoris misio* (1990) en los números 55 al 57 realiza el compendio más completo de su magisterio sobre diálogo interreligioso.

[...] el diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias; es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu...El diálogo se funda en la esperanza y en la caridad, y dará frutos en el Espíritu. Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la revelación (...) El interlocutor debe ser coherente con las propias tradiciones y convicciones religiosas y abierto para comprender las del otro, sin disimular o cerrarse, sino con una actitud de verdad, humildad y lealtad, sabiendo que el diálogo puede enriquecer a cada uno. No debe darse ningún tipo de abdicación ni de irenismo, sino el testimonio recíproco para un progreso común en el camino de búsqueda y experiencia religiosa y, al mismo tiempo, para superar prejuicios, intolerancias y malentendidos. El diálogo tiende a la purificación y conversión interior (RM56).

El documento *Diálogo y anuncio* afirma novedosas actitudes para el diálogo como son la capacidad de aprender y la autocrítica unida a la «prontitud en dejarse transformar por el encuentro». Muy importante es la actitud de humildad puesto que

[...] la plenitud de la verdad recibida en Jesucristo no da a cada uno de los cristianos la garantía de haber asimilado plenamente tal verdad (...) los cristianos han de estar dispuestos a aprender y a recibir, por mediación de los demás, los valores positivos de sus tradiciones. De esta manera, el diálogo puede hacerles vencer sus prejuicios inveterados, revisar sus propias ideas y aceptar que a veces la comprensión de su fe sea purificada (DA49).

Pero más allá del diálogo, el encuentro entre creyentes se ha dado en la acción y la lucha conjunta por la justicia y el bien. El Concilio Vaticano II es quizá el primer momento en que la Iglesia «reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común» (GS21). El Concilio exhorta no sólo reconocer y guardar sino a promover «aquellos bienes espirituales y morales» de las otras religiones (AG2).

Pablo VI, en *Ecclesiam suam* (1964), no sólo reconoce valores morales en las religiones sino quiere «promover y defender con ellas los ideales que nos son comunes en el campo de la libertad religiosa, de la hermandad humana, de la buena cultura, de la beneficencia social y del orden civil. En orden a estos comunes ideales un diálogo por nuestra parte es posible y no dejaremos de ofrecerlo dondequiera que, con recíproco y leal respeto, sea aceptado con benevolencia» (ES108).

Juan Pablo II afirma que el objeto del diálogo no es la doctrina religiosa sino la mejora de la humanidad. Para el Papa esta colaboración puede realizarse en la honestidad personal, el respeto a la vida y la familia, luchando por la dignidad de las personas, cultivando una generosa práctica del trabajo, participando social y políticamente y luchando por el bienestar de todos y una coexistencia bien ordenada.

En enero de 2002 en Asís, después de los atentados contra las Torres Gemelas de New York, se reunieron convocados por Juan Pablo II representantes de todas las religiones del mundo para orar por la paz. Allí el Pontífice declaró que «la humanidad necesita la paz ahora más que nunca (...) la violencia y el terrorismo son incompatibles con el auténtico espíritu de la religión».

En las últimas décadas varios teólogos se han adentrado en la necesidad de profundizar y diseñar proyectos de ética mundial desde las religiones (Torre, 2004; Küng, 1991; Boff, 2001). Todas estas contribuciones parecen coincidir en un núcleo ético común en todas las religiones: la dignidad humana, los cuatro mandamientos básicos (no matar, no robar, no mentir, no ser infiel), la regla de oro, las tres acogidas fundamentales (al extranjero, al pobre y la vida), la crítica al consumismo y el fomento de la paz y la reconciliación. Estos valores comunes son la clave de la colaboración entre tradiciones religiosas.

3. JORGE BERGOGLIO, OBISPO Y CARDENAL Y LA CULTURA DEL ENCUENTRO

Lo original de este papa en su encuentro con la diversidad religiosa es que va más allá de la categoría del diálogo, demasiado racional, y sobre todo busca un encuentro con las otras religiones. Esto implica una forma real de acercamiento y de vinculación.

En la medida que todavía estamos insertos en mitad de su pontificado, sólo nos es posible plantear algunas notas sobre este tema que para nosotros

es crucial. Se trata más bien de dar una serie de pistas de cara a profundizaciones posteriores. Comenzaremos con las reflexiones que encontramos sobre la cultura del encuentro que creemos más significativas antes de su elección como papa.

1. Jorge Bergoglio nació y creció en una familia de emigrantes que conservaron siempre fuertes lazos y que vivían gozosamente los encuentros en torno a la mesa, en torno a la cocina, en el fútbol, en la parroquia, en las fiestas del barrio. Este carácter familiar ha marcado al actual papa. No extraña que haya elegido vivir en Santa Marta donde come y se encuentra cada día con las personas en un comedor normal. La cultura del encuentro tiene algo de hacer más familiar el mundo, de hacer que todos nos sentemos juntos a la mesa.

2. Como formador jesuita y como provincial jesuita siempre promovió una formación profunda *ad intra* junto con una formación siempre abierta a experiencias con la gente más sencilla siguiendo la más pura tradición ignaciana. Siempre estuvo convencido que el encuentro con el pueblo de Dios, con la gente sencilla, forma la interioridad. Como Ignacio de Loyola, estaba convencido que estar al lado de los enfermos, visitar hospitales, trabajar con niños, acercarse a los más desfavorecidos transforma a la persona.

3. Como profesor universitario enseñó teología pastoral y comenzó una tesis sobre Romano Guardini. En su pensamiento es clave la obra de este pensador alemán *El contraste*. De él aprendió la importancia de la integración y superación de los conflictos dentro de totalidades más amplias, más orgánicas, más sintéticas. Estas intuiciones deben ser complementadas por la profunda influencia de la teología del pueblo argentina sobre el obispo Bergoglio (Gera, Scannone, Galli, etc.).

4. Como obispo desarrollo desde sus comienzos una reflexión sobre la cultura del encuentro. Su estilo pastoral estuvo marcado por el encuentro profundo con sus sacerdotes, con la gente sencilla, con los niños, con la escuela, con las personas que trabajaban en los centros de la Iglesia, con las otras tradiciones religiosas, con los políticos. Nos detendremos especialmente en algunos textos significativos de sus años como obispo de Buenos Aires donde claramente plantea las raíces de su visión de la cultura del encuentro.

4.1. En su charla *Educación en la cultura del encuentro* (1999), Bergoglio afirma que al «final del milenio se habla de crisis cultural; de crisis de

valores. Y todo esto toca el núcleo de lo humano, en cuanto persona, en cuanto sociedad. Nos preocupa lo que pasa» (Papa Francisco, 2015, 63). Ante esta realidad habla de la necesidad de hacer un discernimiento cultural, de una cultura que caracteriza como «cultura del naufragio». En esta conferencia describe los rasgos de esta cultura: mesianismo profano (las estructuras estables conforman el ethos), relativismo (todo es opinión y cálculo), desarraigo y desamparo (por el afán desmedido de autonomía de la modernidad), razón cuantitativa-moderna, mentalidad tecnicista, nihilismo (desmereciendo particularidades o afirmándolas con violencia), sospecha (caricaturización de la verdad), deísmo diluido (reducción espiritualista y fundamentalista), nominalismo (vaciamiento de las palabras).

Como propuesta habla de crear una cultura del encuentro frente a la cultura del fragmento, de la no integración, de los que quieren capitalizar el resentimiento, olvidar las historias compartidas y quieren debilitar los vínculos. Esta cultura se caracteriza por:

- *Realismo encarnado*: inspirarse en los rostros sufrientes, desprotegidos de carne y hueso. La realidad humana es limitada, la ley limitada, la autoridad limitada.
- *Memoria integradora*: de la familia, del pueblo, de la nación, de la historia, de una cultura que arraigue y unifique. Bergoglio habla de una memoria no desdibujada, desgarrada, entretenida, autosuficiente, etc.
- *Universalismo integrador de las diferencias*: «En lugar de ser átomos que sólo adquieren sentido en el todo, debemos integrarnos en una nueva organicidad vital de orden superior que asuma lo nuestro, pero sin anularlo. Nos incorporamos en armonía, sin renunciar a lo nuestro, a algo que nos trasciende» (Papa Francisco, 2015, p. 67)
- *Diálogo*: no se logra por consensos que nivelan hacia abajo sino por el diálogo, la confrontación de ideas y el camino de la autoridad. Hay que instaurar un espacio de diálogo serio, no meramente formal o distractivo. El diálogo «destruye prejuicios y construye, en función de la búsqueda común, del compartir, pero que conlleva intentar la interacción de voluntades en pro de un trabajo en común o de un proyecto compartido». «Requiere paciencia, claridad, buena disposición hacia el otro. No excluye la confrontación, de diversos puntos de vista, sin hacer que las ideas se manejen como armas, sino como luz. No resignemos nuestras ideas, utopías, propiedades ni derechos, sino renunciemos solamente a la pretensión de que sean únicos o absolutos» (Papa Francisco, 2015, pp. 67-68).
- *Espacios de encuentro*. Hay esfuerzos comunitarios, iniciativas vecinales, movimientos de ayuda mutua. Pero la gente que sabe organizarse

espontánea y naturalmente pide un lugar de consulta, control y creativa participación en todos los ámbitos de la vida social que le incumben.

- *Vivencia religiosa comprometida, personal y social.* «Lo religioso es una fuerza creativa al interior de la vida de la humanidad, de su historia, y dinamizadora de cada existencia que se abre a dicha experiencia» (Papa Francisco, 2015, p. 69). En nombre de la neutralidad no puede amputarse una dimensión esencial para la formación de los corazones y la convivencia social. No es suprimiendo convicciones como respetamos a las personas y la diversidad como camino a la unidad.

En este contexto es donde afirma que una cultura del encuentro supone poner a las personas en el centro y no las estructuras, programas, currículos, gestión.

Es necesario una educación que favorezca el tramado de la sociedad civil (o sea civilizada o sea ciudadana). Que la educación sea un lugar de encuentro y de los empeños comunes donde aprendamos a ser sociedad, donde la sociedad aprenda a ser sociedad solidaria. Tenemos que aprender nuevas formas de construir la ciudad de los hombres (Papa Francisco, 2015, p. 71).

Esa cultura supone orientarse por cuatro criterios que irán apareciendo cada vez más en sus discursos y luego en su pontificado como vertebradores de la cultura del encuentro: el todo es superior a la parte, el tiempo superior al espacio, la realidad es superior a la idea, la unidad es superior al conflicto (Martínez, 2017).

4.2. Dos años más tarde, en *La escuela como lugar de acogida* (2001) afirma que las comunidades educativas reciben y resguardan el jardín de la humanidad y el afecto en medio de gran ciudad. La escuela tiene el ministerio de la acogida cordial, de la sanación de la persona por el amor hospitalario. Bergoglio valora profundamente la escuela y sabe por su sensibilidad que son lugares de encuentro e integración de corazón y razón, libertad y deber, ternura y objetividad.

Un punto que destaca en este discurso es su referencia a la orfandad de la cultura contemporánea: la comunidad que es la escuela debería tornarse familia, espacio de amor y promoción, de afirmación y crecimiento. Esto es fundamental por la experiencia de la discontinuidad, de la quiebra, del fragmento, de puentes rotos (de generaciones, de vida, de afectos...) históricos, existenciales, espirituales.

Esta experiencia de orfandad y discontinuidad lleva a una experiencia de desarraigo. El obispo habla de crecer en las cenizas sin proyectos, sin futuro, sin creencias, sin ilusiones, de caída de certezas. Ni creemos ni dejamos de creer: simplemente, somos ajenos a todo eso. Ni patria, ni revolución, ni

bienestar. Sólo quedan símbolos rotos, la ciudad dura, vivir sin referencias, autoreferencialidad, superficialidad de la web, búsqueda de una salida individual y falta de capacidad de sacrificio.

Bergoglio propone que no hay que ensalzar la libertad de elección post-moderna que justifica otras tiranías como la de la economía y la tecnocracia, del consumo, de lo mediático, la manipulación. Hay que recuperar la fe como dimensión sapiencial englobante del saber, sentir y hacer; una dimensión que engloba la capacidad de entender; la tensión de poseer el bien, de contemplar lo bello.

Bergoglio, desde este diagnóstico, realiza una invitación a la escuela para en esta cultura de la orfandad y la discontinuidad, ser un fermento de integración y enraizamiento, ser un espacio de encuentro que anuda raíces que permiten el desarrollo.

4.3. En un discurso importante a un curso de rectores, *Entre certezas y dificultades* (2006), señala que para que se dé un hecho educativo necesitamos por lo menos dos personas. La educación es un hecho espiritual-personal, es un encuentro educativo. El educador es una persona de encuentro, y esto en sus dos dimensiones: «el que extrae algo de dentro», y el ser persona de autoridad, en el sentido etimológico de la palabra: «el que nutre y hace crecer» (autoritas, de augere)». Educador es el que conduce (e-duca, de duce) hacia las verdades nutrientes, hacia lo Fontal que nutre. Hay dos dimensiones del encuentro o dos encuentros: con la interioridad de sí mismo y el encuentro con el educador-autoridad. Esto es el encuentro educativo. Es un encuentro pues requiere aceptación mutua y superar las divisiones y confrontaciones. Es un encuentro que no es cuestión solo de técnicas y que invita a ser protagonistas y no espectadores. Si nos centramos en el conflicto y sólo en las técnicas rompemos los lazos del encuentro educativo. Esta descripción del encuentro educativo es una referencia esencial para comprender la cultura del encuentro.

4.4. En su intervención en Aparecida el 1 de mayo de 2007 después de repasar la situación de la Iglesia en Argentina termina subrayando tres rupturas:

- La ruptura de la transmisión de la fe entre generaciones en el pueblo católico.
- La ruptura de la igualdad. Una inequidad escandalosa que lesiona la justicia.
- La crisis-ruptura de los vínculos familiares y sociales fundantes de los pueblos.

Estas graves rupturas, reseñadas en este importante texto, apuntan la necesidad urgente de ir creando una cultura del encuentro. En otros muchos discursos, homilías y encuentros, el cardenal Bergoglio apunta a la importancia de una cultura del encuentro. Un ejemplo son los espacios de religiosidad popular, de familia y de solidaridad en el trabajo donde se encarna la cultura del encuentro que sueña Bergoglio.

4. EL PAPA FRANCISCO Y LA PRÁCTICA DE LA CULTURA DEL ENCUENTRO. SUS ENCUENTROS ECUMÉNICOS E INTERRELIGIOSOS

Sería interesante detenerse en sus encuentros con su amigo el rabino judío A. Skorka, sus encuentros con las comunidades católicas carismáticas y con los evangélicos. En estos encuentros se va labrando su acercamiento real a otras confesiones y tradiciones religiosas. Pero la limitación de espacio nos impone reducir nuestro análisis a la cultura del encuentro dentro del ámbito ecuménico e interreligioso del papa. Para ello vamos a analizar brevemente, dentro de los viajes del pontífice desde 2014 a 2017, los encuentros y discursos del papa en contextos ecuménicos e interreligiosos especialmente significativos.

4.1. VIAJES DE 2014

En su peregrinación a Tierra Santa (24-26 de mayo de 2014) tiene un encuentro privado con el Patriarca ecuménico de Constantinopla Bartolomé I y firma una declaración conjunta que termina mostrando la preocupación profunda por la situación de los cristianos en Medio Oriente y por los sufrimientos de las Iglesias de Egipto, Siria e Iraq «que han sufrido mucho últimamente». En el punto 4 se afirma que proceder en la verdad y en el amor, «requiere un conocimiento cada vez más profundo de las tradiciones del otro para llegar a comprenderlas y aprender de ellas. Por tanto, afirmamos nuevamente que el diálogo teológico no pretende un mínimo común denominador para alcanzar un acuerdo, sino más bien profundizar en la visión que cada uno tiene de la verdad completa que Cristo ha dado a su Iglesia, una verdad que se comprende cada vez más cuando seguimos las inspiraciones del Espíritu Santo. Por eso, afirmamos conjuntamente que nuestra fidelidad al Señor nos exige encuentros fraternos y diálogo sincero».

En esta peregrinación participa de una oración ecuménica, visita al Gran Muftí de Jerusalén, el memorial de Yad Vashem, a los dos grandes rabinos de Israel, al presidente. Ante el Gran Muftí rememora la figura de Abrahán y recuerda que en esta peregrinación terrena no estamos solos y nos «encontramos con otros fieles, a veces compartimos con ellos un tramo del camino, otras veces hacemos una pausa reparadora. Así es el encuentro de hoy y lo vivo con particular gratitud: se trata de un agradable descanso juntos». Ante los grandes rabinos habla de la necesidad católica de valorar más plenamente las raíces judías de nuestra fe. Es necesario profundizar «en el significado espiritual del vínculo que nos une. Se trata de un vínculo que viene de lo alto, que sobrepasa nuestra voluntad». El conocimiento recíproco de nuestro patrimonio espiritual podrá marcar la pauta para el futuro desarrollo de nuestras relaciones, que ponemos en las manos de Dios. «Juntos podremos dar un gran impulso a la causa de la paz».

Ante el memorial de Yad Vashem proclama unas duras palabras:

Quisiera, con mucha humildad, decir que el terrorismo es malo. Es malo en su origen y es malo en sus resultados. Es malo porque nace del odio. Es malo en sus resultados, porque no construye, destruye. Que nuestros pueblos comprendan que el camino del terrorismo no ayuda. El amino del terrorismo es fundamentalmente criminal. Rezo por todas esas víctimas y por todas las víctimas del terrorismo en el mundo, por favor nunca más terrorismo, es una calle sin salida.

En su viaje apostólico a Albania (21 de septiembre de 2014), en su encuentro con los líderes de otras religiones y otras denominaciones cristianas, citando a Juan Pablo II, afirma que la libertad religiosa no es sólo un don para los que tienen fe sino que es un don para todos, porque es la garantía fundamental para cualquier otra expresión de libertad. La libertad religiosa es un baluarte contra todos los totalitarismos y una aportación decisiva a la fraternidad humana (Mensaje a la Nación de Albania, 25 de abril de 1993). La verdadera libertad religiosa rehúye la tentación de la intolerancia y del sectarismo, y promueve actitudes de respeto y diálogo constructivo. Para Francisco:

La religión auténtica es fuente de paz y no de violencia. Nadie puede usar el nombre de Dios para cometer violencia. Matar en nombre de Dios es un gran sacrilegio. Discriminar en nombre de Dios es inhumano.

La libertad religiosa es un «espacio común», un ambiente de respeto y colaboración que se construye con la participación de todos, también de aquellos que no tienen ninguna convicción religiosa. Francisco indica dos actitudes útiles para la promoción de la libertad religiosa: ver a cada hombre y mujer como hermanos y hermanas y no como rivales y enemigos.

«Quien está seguro de sus convicciones no tiene necesidad de imponerse, de forzar al otro: sabe que la verdad tiene su propia fuerza de irradiación». En el fondo, todos somos peregrinos en esta tierra y en este viaje no vamos solos, sino que «dependemos unos de otros, estamos confiados los unos a los cuidados de los otros». La segunda actitud es el compromiso a favor del bien común y las necesidades de los pobres.

Termina el papa rechazando todo relativismo:

[...] hemos de tener un principio claro: no se puede dialogar si no se parte de la propia identidad. Sin identidad no puede haber diálogo. Sería un diálogo fantasma, un diálogo en el aire: sin valor. Cada uno tiene su propia identidad religiosa, a la que es fiel. Pero el Señor sabe cómo hacer avanzar la historia. Cada uno parte de su identidad, pero sin fingir que tiene otra.

En su viaje apostólico a Turquía (28-30 noviembre de 2014), en su encuentro con las autoridades después de subrayar su aprecio por Turquía, subraya la necesidad de «un diálogo que profundice el conocimiento y valore con discernimiento tantas cosas que nos acomunan, permitiéndonos al mismo tiempo considerar con ánimo lúcido y sereno las diferencias, con el fin de aprender también de ellas». Desde aquí plantea la necesidad de construir «una paz sólida, basada en el respeto de los derechos fundamentales y en los deberes que comporta la dignidad del hombre». Por esta vía se encuentran espacios «para la estima, el encuentro, el desarrollo de las mejores energías en beneficio de todos».

Para ello, es fundamental que los ciudadanos musulmanes, judíos y cristianos, gocen —tanto en las disposiciones de la ley como en su aplicación efectiva— de los mismos derechos y respeten las mismas obligaciones. De este modo, se reconocerán más fácilmente como hermanos y compañeros de camino, alejándose cada vez más de las incomprensiones y fomentando la colaboración y el entendimiento. La libertad religiosa y la libertad de expresión, efectivamente garantizadas para todos, impulsará el florecimiento de la amistad, convirtiéndose en un signo elocuente de paz.

El diálogo interreligioso e intercultural constituye «una aportación importante (...) para apartar toda forma de fundamentalismo y terrorismo». Al fanatismo y fundamentalismo es preciso contraponer «la solidaridad de todos los creyentes», que tenga como pilares el respeto de la vida humana, la libertad religiosa, el esfuerzo para asegurar todo lo necesario para una vida digna y el cuidado del medio ambiente.

Termina el papa denunciando las persecuciones contra los grupos religiosos minoritarios (cristianos y yazidíes), alabando la actitud de acogida de

refugiados de Turquía y expresando con claridad que «no podemos confiar la resolución del problema a la mera respuesta militar».

En otros discursos en Turquía señala palabras importantes. Ante el presidente de Asuntos Religiosos de Turquía señala «el respeto mutuo y la amistad son posibles, no obstante las diferencias». En este discurso subraya con énfasis los valores morales compartidos de paz, libertad, sacralidad de la persona que sustenta la compasión, la solidaridad y ayuda a los que más sufren. Además, afirma:

Nosotros, los musulmanes y los cristianos, somos depositarios de inestimables riquezas espirituales, entre las cuales reconocemos elementos de coincidencia, aunque vividos según las propias tradiciones: la adoración de Dios misericordioso, la referencia al patriarca Abrahám, la oración, la limosna, el ayuno.

En este viaje, como en tantos otros, tuvo una oración ecuménica y firmó una declaración conjunta con el Patriarca Ecuménico Bartolomé I en el que se reitera que musulmanes y cristianos estamos inspirados por valores comunes y fortalecidos por auténticos sentimientos fraternos estamos llamados a trabajar juntos por el amor a la justicia, la paz y el respeto de la dignidad.

4.2. VIAJES DE 2015

En su viaje apostólico a Sri Lanka y Filipinas (12-19 de enero de 2015), en su encuentro interreligioso y ecuménico en Colombo (13 de enero) afirma que la Iglesia católica «desea cooperar con ustedes y con todos los hombres de buena voluntad». Allí recuerda que «como demuestra la experiencia, para que este diálogo y encuentro sea eficaz, debe basarse en una presentación completa y franca de nuestras respectivas convicciones. Ciertamente, ese diálogo pondrá de relieve la variedad de nuestras creencias, tradiciones y prácticas. Pero si somos honestos en la presentación de nuestras convicciones, seremos capaces de ver con más claridad lo que tenemos en común. Se abrirán nuevos caminos para el mutuo aprecio, la cooperación y, ciertamente, la amistad». Francisco recuerda los conflictos civiles y violencia del país:

Espero que la cooperación interreligiosa y ecuménica demuestre que los hombres y las mujeres no tienen que renunciar a su identidad, ya sea étnica o religiosa, para vivir en armonía con sus hermanos y hermanas (...) Por el bien de la paz, nunca se debe permitir que las creencias religiosas sean utilizadas para justificar la violencia y la guerra. Tenemos que exigir a nuestras comunidades, con claridad y sin equívocos, que vivan plenamente los principios de la paz y la convivencia

que se encuentran en cada religión, y denunciar los actos de violencia que se cometan.

En su viaje apostólico a Sarajevo (6 de junio de 2015) mantiene un encuentro ecuménico e interreligioso donde afirma:

El encuentro de hoy es signo de un deseo común de fraternidad y paz (...) El diálogo interreligioso, antes incluso de ser una discusión sobre los grandes temas de la fe, es una conversación sobre la vida humana. En él se comparte el día a día de la vida concreta (...) se asumen responsabilidades comunes; se proyecta un futuro mejor para todos. Se aprende a vivir juntos, a conocerse y aceptarse con las propias diferencias, libremente, por lo que cada uno es. En el diálogo se reconoce y se desarrolla una convergencia espiritual, que unifica y ayuda a promover los valores morales, los grandes valores morales, la justicia, la libertad y la paz. El diálogo es una escuela de humanidad y un factor de unidad.

En este discurso afirma que el diálogo interreligioso no puede limitarse a unos pocos, sino que debe extenderse lo más posible a todos y que debe realizarse con una identidad formada y sin desanimarse pues hay mucho camino por recorrer. Termina deseando que Sarajevo, símbolo de la guerra, pueda convertirse nuevamente en signo de unidad, lugar en el que la diversidad no represente una amenaza, lugar en que se construye la paz juntos y se vive la hermandad.

En su viaje apostólico a Cuba, Estados Unidos y la sede de Naciones Unidas (19-28 de septiembre de 2015) en sus palabras al Congreso de los Estados Unidos (24 de septiembre) recordando la figura de Lincoln y el valor de la libertad afirma:

Somos conscientes que ninguna religión es inmune a diversas formas de aberración individual o extremismo ideológico. Esto nos urge a estar atentos frente a cualquier tipo de fundamentalismo de índole religiosa o del tipo que fuere. Combatir la violencia perpetrada bajo el nombre de una religión, una ideología o un sistema económico, y al mismo tiempo, proteger la libertad de las religiones, de las ideas, de las personas requiere un delicado equilibrio en el que tenemos que trabajar. Y, por otra parte, puede generarse una tentación a la que hemos de prestar especial atención: el reduccionismo simplista que divide la realidad en buenos y malos (...) Sabemos que en el afán de querer liberarnos del enemigo exterior podemos caer en la tentación de ir alimentando el enemigo interior. Copiar el odio y la violencia del tirano y del asesino es la mejor manera de ocupar su lugar.

Especialmente emotivas fueron sus palabras en el encuentro interreligioso en el memorial de la zona cero (25 de septiembre). Allí habló de lágrimas y del poder del amor y del recuerdo.

Lágrimas por las destrucciones de ayer, que se unen a tantas destrucciones de hoy. Este es un lugar donde lloramos, lloramos el dolor que provoca sentir la impotencia frente a la injusticia, frente al fratricidio, frente a la incapacidad de solucionar nuestras diferencias dialogando (...) la destrucción nunca es impersonal, abstracta o de cosas; sino, que, sobre todo, tiene rostro e historia, es concreta, posee nombres. En los familiares, se puede ver el rostro del dolor, un dolor que nos deja atónitos y grita al cielo. Pero a su vez, ellos me han sabido mostrar la otra cara de este atentado, la otra cara de su dolor: el poder del amor y del recuerdo. Un recuerdo que no nos deja vacíos. El nombre de tantos seres queridos está escrito aquí en lo que eran las bases de las torres, así los podemos ver, tocar y nunca olvidar.

El papa recordó la bondad heroica de tantos, los actos de entrega, las vidas entregadas, la solidaridad, la humanidad de tantos.

Este lugar de muerte se transforma también en un lugar de vida, de vidas salvadas, un canto que nos lleva a firmar que la vida siempre está destinada a triunfar sobre los profetas de la destrucción, sobre la muerte, que el bien siempre despertará sobre el mal, que la reconciliación y la unidad vencerán sobre el odio y la división... luchemos por ser profetas de construcción, profetas de reconciliación, profetas de paz.

En su viaje apostólico a Kenia, Uganda y República Centroafricana (25-30 de noviembre de 2015), en su encuentro ecuménico e interreligioso del 26 de noviembre en la Nunciatura Apostólica de Nairobi apunta un tema importante que apunta al corazón de la cultura del encuentro:

Espero que este tiempo que pasamos juntos sea un signo de la estima que la Iglesia tiene por los seguidores de todas las religiones y afiance los lazos de amistad que ya nos unen (...) el diálogo ecuménico e interreligioso no es un lujo. No es algo añadido u opcional sino fundamental; algo que nuestro mundo, herido por conflictos y divisiones, necesita cada vez más. En efecto, nuestras creencias y prácticas religiosas influyen en nuestro modo de entender nuestro propio ser y el mundo que nos rodea. Son para nosotros una fuente de iluminación, sabiduría y solidaridad, que enriquece a las sociedades en las que vivimos. Cuidando el crecimiento espiritual de nuestras comunidades, mediante la formación de la inteligencia y el corazón en las verdades y en los valores que nuestras tradiciones religiosas custodian, nos convertimos en una bendición para las comunidades en las que viven nuestros pueblos.

En nuestro mundo cada vez más interdependiente es una necesidad la mutua comprensión interreligiosa, de amistad y colaboración. Las religiones tienen un papel esencial en la formación de las conciencias, a la hora de infundir profundos valores a los jóvenes, preparar buenos ciudadanos, impregnar la sociedad civil de honradez y luchar por la común convicción

que el nombre de Dios «no debe jamás ser usado para justificar el odio y la violencia», convicción que brota de la universalidad del amor de Dios y de una salvación que se ofrece a todos.

En el encuentro con las comunidades evangélicas en la República Centroafricana (29 de noviembre) recuerda el sufrimiento y violencias recientes de ese pueblo. Es la carne de Cristo la que sufre en sus miembros más predilectos que son los pobres, los enfermos, los ancianos, abandonados, huérfanos. «Dios no hace distinción entre los que sufren. A esto he llamado con frecuencia ecumenismo de la sangre». En su encuentro con la comunidad musulmana (30 de noviembre) proclama de nuevo:

Cristianos y musulmanes somos hermanos (...) Quien dice que cree en Dios ha de ser también un hombre o una mujer de paz (...) Juntos digamos 'no' al odio, 'no' a la venganza, 'no' a la violencia, en particular a la que se comete en nombre de una religión o de Dios. Dios es paz, Dios *salam*.

4.3. VIAJES DE 2016

En su viaje apostólico a México (12-18 de febrero de 2016) hizo escala en La Habana (Cuba) para tener un encuentro con Kiril, Patriarca de Moscú y de toda Rusia. Posteriormente firmaron una declaración conjunta donde subrayan la común tradición espiritual compartida del primer milenio y expresan su preocupación por los cristianos perseguidos en distintas partes del mundo. Reconocen que en esta época preocupante es indispensable el diálogo interreligioso y reafirman que ningún crimen puede ser cometido en el nombre de Dios. Afirman el valor de la libertad religiosa, la solidaridad con todos los que sufren, la familia, la vida, la paz e insisten que la integración europea sea respetuosa de las identidades religiosas. En las relaciones ortodoxos-católicos se dice con claridad: «No somos competidores sino hermanos». Se reconoce que buscar la unidad de una comunidad separándola de su Iglesia no es un modo adecuado de restaurar la unidad (uniatismo).

En su viaje apostólico a Armenia (24-26 de junio de 2016) el papa tiene un encuentro ecuménico y una oración por la paz el 25 de junio en Ereván. Les saluda con afecto de hermano «que os quiere». «Nuestro reencuentro no es un intercambio de ideas, sino un intercambio de dones (UUS 28): recojamos lo que el Espíritu ha sembrado en nosotros como un don para cada uno». Recordando al santo Catholicós Nerses Shnorhali insiste en la necesidad de la guardar las tradiciones, abrirse a las otras Iglesias, rezar unos por otros y

[...] acrecentar el amor recíproco, porque sólo la caridad es capaz de sanar la memoria y curar las heridas del pasado: sólo el amor borra los prejuicios y permite reconocer que la apertura al hermano purifica y mejora las propias convicciones(...) Siguiendo su ejemplo, estamos llamados a tener la valentía de dejar las convicciones rígidas y los intereses propios, en nombre del amor que se abaja y se da, en nombre del amor humilde (...) No los cálculos ni los intereses, sino el amor humilde.

El papa recuerda el exterminio terrible y sentido que sufrió el pueblo armenio.

Vuestros sufrimientos nos pertenecen...esas heridas terribles del dolor padecidas en la cruz, transfiguradas por el amor, son fuente de perdón y de paz...La memoria, traspasada por el amor, es capaz de adentrarse por senderos nuevos y sorprendentes, donde las tramas del odio se transforman en proyectos de reconciliación.

Tras el encuentro el papa firma una declaración conjunta con Karekin II, Catholicós de todos los armenios.

En su viaje apostólico a Georgia y Azerbaiyán (30 de septiembre-2 de octubre de 2016) tiene un encuentro con Elías II, Catholicós y patriarca de toda Georgia donde recuerda los importantes lazos que existen entre las dos iglesias desde los primeros siglos del cristianismo, el hecho que Pedro y Andrés (en la que se enraíza la Iglesia ortodoxa de Georgia) fueran hermanos, la importancia del amor y la amistad, la paz y el perdón y la sangre de tantos mártires en Georgia.

El 2 de octubre tuvo un encuentro interreligioso con el jeque de los musulmanes del Cáucaso y con representantes de las demás comunidades religiosas del país:

Es un gran signo reunirnos en amistad fraterna en este lugar de oración, un signo que manifiesta esa armonía que las religiones juntas pueden construir a partir de las relaciones personales y de la buena voluntad de los responsables (...) La fraternidad y el intercambio que queremos aumentar no será apreciado por aquellos que quieren hacer hincapié en las divisiones, reavivar tensiones y sacar ganancias de conflictos y controversias; sin embargo, son invocados y esperados por quienes desean el bien común, y sobre todo agradan a Dios, compasivo y misericordioso, que quiere a los hijos e hijas de la única familia humana más unidos entre sí y siempre en diálogo (...) Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humanos (...) a interpretar la vida como un regalo para los otros; a ver como objetivo no los propios intereses sino el bien de la humanidad.

Las religiones tienen la gran tarea de acompañar a los hombres en la búsqueda del sentido de la vida, ayudarles a comprender que las limitadas

capacidades y bienes de este mundo no deben absolutizarse, orientarles hacia el bien y alejarles del mal más allá de todo nihilismo que no cree nada excepto sus propios intereses y del fundamentalismo.

Las religiones, por el contrario, ayudan a discernir el bien y ponerlo en práctica con las obras, con la oración y con el esfuerzo del trabajo interior; están llamadas a edificar la cultura del encuentro y de la paz, hecha de paciencia, comprensión, pasos humildes y concretos. Así se sirve a la sociedad humana. Esta, por su parte, debe vencer la tentación de instrumentalizar el factor religioso (...) Dios no puede ser invocado por intereses partidistas y fines egoístas, no puede justificar forma alguna de fundamentalismo, imperialismo o colonialismo. Una vez más, desde este lugar tan significativo, se eleva el grito afligido: ¡Nunca más violencia en nombre de Dios!

La oración y el diálogo están relacionados pues nacen de la apertura del corazón e inclinan hacia el bien del otro. Ni sincretismos conciliadores ni aperturas diplomáticas que dicen sí a todo para evitar problemas sino dialogar con los otros y orar por todos. Así nacerá la paz verdadera del encuentro. Las religiones son auras de paz, ecos de diálogo que resuenan sin descanso entre devastaciones de muerte, caminos de encuentro y reconciliación.

En su viaje apostólico a Suecia (31 de octubre-1 de noviembre de 2016) el papa tuvo una homilía en una oración ecuménica en la catedral luterana de Lund (31 de octubre) señaló cómo católicos y luteranos hemos empezado a caminar juntos por el camino de la reconciliación y que no podemos resignarnos al distanciamiento que la separación ha producido entre nosotros. También invita a «mirar con amor y honestidad a nuestro pasado y reconocer el error y pedir perdón: solamente Dios es el juez...había una voluntad sincera por ambas partes de profesar y defender la verdadera fe, pero también todos somos conscientes que nos hemos encerrado en nosotros mismos por temor o prejuicios a la fe que los demás profesan con un acento y un lenguaje diferente. No se trata de corregir lo que pasó sino «contar esa historia de manera diferente» (Comisión Luterano-Católico Romana sobre la unidad, *Del conflicto a la comunión*, 17 junio 2013, 16). La separación ha sido fuente de sufrimientos e incomprensiones pero también nos ha llevado a caer en la cuenta que sin Dios no podemos hacer nada. Reconocemos con gratitud que la Reforma ha contribuido a dar mayor centralidad a la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia.

Tras la oración se firmó una declaración conjunta. Luego se tiene un evento ecuménico en el Malmö Arena donde el papa insiste en que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. También señala como *Caritas Internationalis* y *Lutheran World Federation World Service* van a colaborar más estrechamente en temas de promoción de la dignidad humana y de justicia social.

4.4. VIAJES DE 2017

En su viaje apostólico a Egipto (28-29 de abril de 2017), Francisco tiene un importante discurso a los participantes en la Conferencia Internacional para la Paz (28 de abril) en El Cairo. Sus palabras se centran en Egipto como tierra de civilización y tierra de alianzas. En un momento afirma con claridad:

El diálogo puede ser favorecido si se conjugan bien tres indicaciones fundamentales: el *deber de la identidad*, la *valentía de la alteridad* y la *sinceridad de las intenciones*. El *deber de la identidad*, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. La *valentía de la alteridad*, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. La *sinceridad de las intenciones*, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recogido pacientemente para transformar la competición en cooperación.

Educar, para abrirse con respeto y dialogar sinceramente con el otro, reconociendo sus derechos y libertades fundamentales, especialmente la religiosa, es la mejor manera de construir juntos el futuro, de ser constructores de civilización. Porque la única alternativa a la *barbarie del conflicto* es la cultura del encuentro, no hay otra manera.

Al hablar de Egipto como tierra de alianzas, donde se yergue el Monte de la Alianza, reconoce la importancia y urgencia de aliarse para el bien común. No se puede reducir la religión a la vida privada pues es una dimensión constitutiva del ser humano y la sociedad. Tampoco puede la religión ser absorbida por los asuntos temporales y dejarse seducir por el atractivo de los poderes mundanos que en realidad sólo quieren instrumentalizarla. Tampoco podemos dejarla a un lado en un mundo tecnificado marginando la nostalgia de las grandes cuestiones. «La religión no es un problema sino parte de la solución». Recuerda el «No matarás» y cómo la urgente necesidad de lo Absoluto no puede llegar a una absolutización «que justifique cualquier forma de violencia. La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad». Francisco señala en ese contexto como los líderes religiosos están llamados a desenmascarar la violencia que se disfraza de supuesta sacralidad, a condenar la falsificación idolátrica de Dios pues Dios es el Dios de la paz, Dios *salam*.

Juntos, desde esta tierra de encuentro entre el cielo y la tierra, de alianzas entre los pueblos y entre los creyentes, repetimos un ‘no’ alto y claro a toda forma de violencia, de venganza y de odio cometidos en nombre de la religión o en

nombre de Dios. Juntos afirmamos la incompatibilidad entre la fe y la violencia, entre creer y odiar. Juntos declaramos el carácter sagrado de toda vida humana frente a cualquier forma de violencia física, social, educativa o psicológica. La fe que no nace de un corazón sincero y de un amor auténtico a Dios misericordioso es una forma de pertenencia convencional o social que no libera al hombre, sino que lo aplasta. Digamos juntos: Cuanto más se crece en la fe en Dios, más se crece en el amor al prójimo.

En este foro el papa llama a promover la paz sin caer en sincretismos conciliadores, rezando unos por los otros, con espíritu de cooperación y amistad, desde una fraternidad universal. «Hoy se necesitan constructores de paz, no de armas; hoy se necesitan constructores de paz, no provocadores de conflictos; bomberos y no incendiarios; predicadores de reconciliación y no vendedores de destrucción». Para ello hay que alejarse de los populismos demagógicos, prevenir situaciones de pobreza y explotación donde los extremismos arraigan fácilmente.

En este viaje tiene una visita de cortesía al Papa Tawadros II, patriarca copto-ortodoxo y firman una declaración conjunta. Francisco con sinceridad expresa no es posible seguir adelante cada uno por su camino, «no podemos escondernos más detrás de los pretextos de divergencias interpretativas, ni tampoco detrás de siglos de historia y de tradiciones que nos han convertido en extraños». Tenemos un único bautismo, nos acompañan una multitud de santos y mártires (el Venerable Martirologio de la Iglesia Copta –ecumenismo de la sangre-) y necesidad de profundizar en la caridad fraterna y la comunión de misión que desde nuestros orígenes nos mantienen unidos. En la declaración conjunta se apela a la tradición común espiritual, las prácticas litúrgicas similares, la veneración de los mártires y santos, el aprecio por el monaquismo, la necesidad de la oración común, los valores fundamentales compartidos (santidad de la vida y del matrimonio y la familia, respeto de la creación).

En el viaje apostólico a Myanmar y Bangladesh (26 de noviembre-2 de diciembre) tiene un encuentro con los líderes religiosos de Myanmar (28 de noviembre) en que reconoce:

Somos todos diferentes y cada confesión tiene sus riquezas, sus tradiciones, sus riquezas para dar, para compartir. Y esto solamente puede ser si se vive en paz. Y la paz se construye en el coro de las diferencias. La unidad siempre se da con las diferencias (...) Esa es la paz: la armonía (...) No tengamos miedo a las diferencias. Uno es nuestro Padres, nosotros somos hermanos. Querámonos como hermanos. Y si discutimos entre nosotros, que sea como hermanos. Que enseguida se reconcilian. Siempre vuelven a ser hermanos.

En su encuentro con las autoridades repite con claridad:

Las diferencias religiosas no deben ser una fuente de división y desconfianza, sino más bien un impulso para la unidad, el perdón, la tolerancia y una sabia construcción de la nación. Las religiones pueden jugar un papel importante en la cicatrización de heridas emocionales, espirituales y psicológicas de todos los que han sufrido en estos años de conflicto. Inspirándose en esos valores profundamente arraigados, pueden contribuir también a erradicar las causas del conflicto, a construir puentes de diálogo, a buscar la justicia y a ser una voz profética a favor de los sufren.

En su encuentro con el Consejo Supremo de la Shanga de los Monjes Budistas el 29 de noviembre en Rangún. Allí reconoce el compromiso común de budistas y católicos por la paz, el respeto de la dignidad humana y la justicia para todos, que compartimos el mismo destino y la misma naturaleza humana. Francisco reconoce los valores budistas de la paciencia, tolerancia y respeto por la vida y una espiritualidad respetuosa con el medio ambiente. Pero el papa apunta:

El gran desafío de nuestros días es el de ayudar a las personas a que se abran a la trascendencia. A que sean capaces de mirar en su interior y de conocerse a sí mismas de manera que puedan reconocer la interconexión recíproca con los demás. Darse cuenta de que no podemos permanecer aislados los unos de los otros. Si debemos estar unidos, como es nuestro propósito, es necesario superar todas las formas de incomprensión, de intolerancia, de prejuicio y de odio.

Francisco cita unas palabras de Buda y las palabras de la oración de San Francisco de Asís Señor, *hazme instrumento de tu paz*. Ese es el camino para ir juntos. Y como san Pablo: alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran (Rm 12, 15) y llevando con humildad unos las cargas de otros (Ga 6,2).

En Bangladesh, en Daca, tiene un encuentro interreligioso y ecuménico por la paz (1 de diciembre de 2017). En Bangladesh, la libertad religiosa es un principio fundamental. Para el Papa «es un signo reconfortante de nuestros tiempos que los creyentes y personas de buena voluntad se sientan cada vez más llamados a cooperar en la formación de una cultura del encuentro, del diálogo y de la colaboración al servicio de la vida humana. Esto requiere más que una simple tolerancia. Nos estimula a tender la mano al otro en actitud de comprensión recíproca (...) Nos exhorta a tener *apertura de corazón*, para ver en los otros un camino, no un obstáculo». Francisco esboza unas características esenciales de esta apertura del corazón, condición para una cultura del encuentro:

En primer lugar, es *una puerta*. No es una teoría abstracta, sino una experiencia vivida. Nos permite entablar un diálogo de vida, no un simple intercambio de ideas. Requiere buena voluntad y capacidad de acogida, pero no debe ser confundida con la indiferencia o la reticencia al expresar nuestras convicciones más profundas. Implicarse fructuosamente con el otro significa compartir nuestra identidad religiosa y cultural, pero siempre con humildad, honestidad y respeto. La apertura del corazón también es también similar a una *escalera* que se eleva hacia el Absoluto. Recordando esta dimensión trascendente de nuestra actividad, nos damos cuenta de la necesidad e purificar nuestros corazones (...). La apertura del corazón es además *un camino* que conduce a la búsqueda de la bondad, la justicia y la solidaridad.

CONCLUSIÓN

Los dos primeros puntos de este artículo han demostrado que hay en la tradición católica elementos cada vez más claros para una valoración positiva, un reconocimiento, un diálogo y una colaboración con las otras tradiciones religiosas que ayude a construir un mundo donde las religiones sean instrumentos de paz.

El tercer punto señala las raíces de la cultura del encuentro del papa Francisco en el magisterio como obispo y cardenal de Jorge Bergoglio. La cultura del encuentro se enraíza en aspectos nucleares de su biografía y en los contextos concretos de la escuela, la parroquia, la familia, la solidaridad laboral y la religiosidad popular. El encuentro se basa en la realidad concreta, la memoria, la integración de las diferencias, el diálogo y el compromiso.

El cuarto punto, el más original, describe los elementos de la cultura del encuentro en el contexto de los encuentros ecuménicos e interreligiosos del papa Francisco en sus viajes apostólicos. El encuentro supone entrar en la experiencia del otro, captarla desde dentro en un esfuerzo de comprensión y empatía, meterse en su piel, en su historia, en su patrimonio espiritual, ver el mundo como el otro, plantearse sus cuestiones, comprender qué significa para él ser musulmán, judío o budista. Esta es la cultura del encuentro que el papa Francisco lleva al encuentro religioso. Es el gozo de simplemente estar juntos.

La cultura del encuentro produce una complementariedad de las tradiciones incompletas, una transformación mutua, una renovación de las tradiciones limitadas que rompe las identidades estáticas, reconoce lo compartido, afirma valores comunes de paz y compasión, intercambia dones, reconoce a los otros como hermanos, afianza la amistad, concelebra a sus santos y mártires, asume sus errores, busca contar la historia de modo

distinto, escucha el rostro de los pobres, busca integrar e incluir a todos, cultiva los vínculos, ora en común y colabora juntos por la justicia. Fruto de esa transformación se produce una comprensión más profunda y un enriquecimiento de la propia tradición en los aspectos del misterio divino transmitidos menos claramente por la propia tradición. Este encuentro destruye los prejuicios arraigados o las concepciones estrechas. Por eso el encuentro, no pretende la conversión del interlocutor sino una conversión más profunda de cada uno al Dios cada vez mayor. Por eso el auténtico diálogo se hace desde la identidad y profundiza la identidad. La hondura religiosa es la que permite a los diferentes que nos encontremos sin miedos, sin sentirse amenazados y en paz.

El papa Francisco en diversos discursos denuncia la manipulación de lo religioso con fines e intereses político-socio-económicos. Dios es un Dios de paz, *salam*. Su denuncia del terrorismo y del fundamentalismo religioso es constante. Por eso es necesario un cambio de actitud que se familiariza con el pluralismo, crear espacios de encuentro amistoso que rompan la estrecha pertenencia a un grupo y fomentar iniciativas comunes de colaboración en favor de la justicia y la igualdad.

REFERENCIAS

- Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Trotta.
- Dupuis, J. (2000). *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*. Santander: Sal Terrae.
- Fédou, M. (2000). *Las religiones según la fe cristiana*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Küng, H. (1991). *Proyecto de una ética mundial*. Madrid: Trotta.
- Martínez, J. L. (2017). *La cultura del encuentro*. Santander: Sal terrae.
- Papa Francisco (2015). *Papa Francisco y la familia. Enseñanzas de Jorge Mario Bergoglio-Papa Francisco hacer de la familia y de la vida 1999-2015*. Madrid: Romana.
- Sullivan, F.A. (1999). *¿Hay salvación fuera de la Iglesia?* Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Torre, J. de la (2004). *Derribar fronteras. Ética mundial y diálogo interreligioso*. Bilbao: Desclée de Brouwer.